

**Relato escrito por Gonzalo Rodas Sarmiento,
perteneciente al libro "La iglesia adolescente".**

Basilio Bessarion

Aunque me llamo Juan, he adoptado el nombre monástico Basilio. Eso, desde hace pocos días, cuando entré como monje en la Orden de San Basilio, a la edad de veinte años.

Nací en Trebizonda, un puerto del Mar Negro. Mi niñez transcurrió sin dificultades, pero cuando tenía doce años me enteré de algo que me consternó. La muerte de Jan Hus. Encontré que era terrible lo que estaba pasando en la iglesia de occidente. Yo estaba estudiando en Constantinopla, y pude observar que la gente hablaba pestes de los cristianos occidentales. A mí, este asunto me remeció de otra manera. Ellos son tan cristianos como nosotros. Jesús es uno solo, y vino por ellos y por nosotros... y por muchos más, también. Empecé a pensar que tenemos que ayudarles. Y también ellos a nosotros... ¿por qué no? No seamos soberbios.

Al año siguiente, cuando mandaron a la hoguera a Jerónimo de Praga, mi indignación fue en aumento. Jerónimo era un presbítero muy amigo de Jan Hus, que acudió a Konstanz para interceder por él, y lo apresaron también. Sufrió torturas y angustias, a tal punto que accedió a retractarse. Pero, después, a solas consigo mismo, lo pensó mejor y decidió no someterse, sino ser fiel a su propio pensamiento y a Hus. Y a Jesús, quién nos advirtió "cuando seáis llevados por mi causa, será el Espíritu el que hablará en vosotros". Y así fue como Jerónimo se atrevió a decir ante el concilio "Conocí a Jan Hus desde su niñez. Fue un hombre santo. No lo condenasteis porque hubiera invalidado la doctrina de la iglesia, sino por haber denunciado los escándalos del clero. Yo también estoy listo para morir". Y entonces, fue quemado en el mismo lugar que Jan Hus.

En toda la Bohemia hubo protestas, que fueron creciendo cada día más hasta convertirse en una verdadera guerra, en contra de la jerarquía romana. Circunstancia que ha sido aprovechada por algunas autoridades civiles, con el fin de incrementar su poder.

Desde ese tiempo, estoy tratando de descubrir cómo ir a una reconciliación de toda la iglesia cristiana.

Aquel concilio tuvo también algo bueno. Se terminó el cisma que había, y se eligió un único patriarca de Roma. Se llamó Martín V, y se propuso pacificar a la cristiandad de la Bohemia. Secundado por su legado apostólico Juan Dominici. Éste murió hace ya tres años, y las hostilidades se han reanudado.

Hace ocho años que soy monje, y ahora estoy siendo ordenado presbítero. Es la culminación de un proceso de aprendizaje en que he estado durante todo este tiempo. Tuve clases de Filosofía con Gemistos Pletos. Fue un curso buenísimo, en el cual aprendí acerca de Platón. También escuché al aristotélico Jorge de Trebizonda. Desde ese momento, he defendido a Platón, pero sin atacar a Aristóteles. Es que Platón era un poeta. Su filosofía se radica en lo que observó durante su juventud. Cuando le dieron muerte a Sócrates, un hombre de gran nobleza espiritual, como si hubiese sido enemigo de la sociedad.

Platón nos muestra la relación entre lo permanente y lo que fluye. Lo que podemos tocar y sentir es lo que fluye. Y todo esto se basa en una idea inmutable. Los objetos que percibimos son reflejos del mundo verdadero. Nuestra alma inmortal percibe lo inmutable. Es así como se despierta el amor.

En cambio, Aristóteles era un científico. Se interesaba por el movimiento de la naturaleza. Para él, el ser está en el mundo concreto, y los objetos que percibimos son el mundo verdadero.

Sin embargo, no se puede desconocer que la Ética y la Lógica son el gran aporte de Aristóteles.

Lo que más diferencia a Platón de Aristóteles es la actitud hacia la mujer. Para Platón, las mujeres tienen las mismas capacidades que los hombres. Y hasta podrían gobernar. Hay muchos que todavía se escandalizan de eso. Platón nos dice que dejar de lado a las mujeres es como funcionar con un solo brazo, dejando de lado el otro. Deberían tener las mismas oportunidades de educación.

En cambio, según Aristóteles, a la mujer le falta algo. Su virtud es el silencio, la sumisión. Está sometida al hombre, y no tiene derecho a opinar.

He tenido que vivir muchas situaciones difíciles por ponerme a defender a Platón.

Hace poco efectué un viaje a Asís para conocer a los franciscanos. De hecho, admiro a San Francisco y Santa Clara. No sólo conocí a los nuevos Hermanos Menores de hoy, sino también a la Hermana Angelina de Marsciano, una persona de gran calidad humana. Ya tiene más de cincuenta años, pero cuando aún estaba saliendo de la adolescencia, y ya era viuda, fue acusada de hechicería, y tuvo que refugiarse en Asís, donde fundó una comunidad, al poco tiempo, siendo ella tan joven.

* * *

Desde aquella época he luchado, hasta donde he podido, por volver a unir a los cristianos de occidente y los de oriente, que hemos estado separados por casi cuatro siglos. Y por eso me he interesado en saber lo que está ocurriendo en la Iglesia de Roma. Hace unos años partió el Concilio de Basilea, para tratar el asunto del acercamiento entre los cristianos, y también para ver el problema de los husitas.

Éstos llegaron a un acuerdo con Roma, ya que se les concedió que puedan predicar libremente, y dar la comunión bajo las dos especies.

En cambio, en lo que se refiere a unir a los cristianos, el concilio empezó a tener serias dificultades. Tanto fue, que el Patriarca de Roma, Eugenio IV, que también lucha por la unidad, decidió trasladar el concilio a la ciudad de Ferrara, mientras algunos de

los clérigos se resistían, y decidieron quedarse en Basilea. Éstos nombraron un patriarca falso, que se llamó Félix V.

Mientras tanto, y siguiendo con la iglesia oriental, fui nombrado abad de un monasterio basiliano. Y poco después, arzobispo de Nicea, cargo que no alcancé a ejercer, debido a algo fabuloso que ocurrió. Así son los caminos de Dios. El Patriarca de Roma invitó al emperador griego Juan a asistir al concilio en Ferrara, junto a sus más cercanos colaboradores de la Iglesia Oriental. Yo entre ellos, por supuesto, jamás dejaría de sumarme a algo así.

Me llevé muy bien con Eugenio IV, y no me importa llamarlo Papa. Lo visité varias veces en Vaticano, donde viven ahora los Papas. Conversamos mucho, entre otras cosas, acerca de lo que ha sido su vida: Nació en Venecia hace 56 años, fue elegido Papa hace ocho años. Su pontificado empezó bajo los más negros augurios. El primero fue la aplastante derrota del ejército que luchaba en Bohemia contra los husitas, en Domazlice. El segundo aspecto negativo fue un grave conflicto con la familia de su predecesor, los poderosos Colonna. Después de eso, antes del traslado del concilio a Ferrara, tuvo que salir escondido a Florencia. Al comienzo de ese viaje iba en bote por el Tíber cuando lo descubrieron, y le tiraban piedras.

El concilio continuó por buen camino, y con mucho trabajo, no sólo para mí, sino también para todos los que quieren la unidad cristiana.

Hace un par de meses tuve el privilegio de participar en la redacción del importante documento en que se establece la unión de los cristianos. Para mí, se está materializando el gran anhelo de mi vida. Y lo mismo le pasa a Eugenio IV. A todo esto, el concilio se había trasladado a Florencia.

Hoy, el Papa me ha nombrado Cardenal.

* * *

Me desempeñé como arzobispo de Siponto, y seguí ayudando al Papa a integrar otras iglesias. Etíopes, armenios, sirios, caldeos, maronitas, y varios más. Por otra parte, también terminó el cisma de Basilea.

Ocho años después de haber comenzado la Unión Cristiana, murió Eugenio IV. Lo lamenté mucho, porque era un hombre joven, y con gran espíritu de conciliación entre los cristianos. Como sucesor fue elegido Nicolás V, que no tenía esa misma actitud. Su línea era la de fomentar las artes y las letras, como en un verdadero renacer de la cultura.

El nuevo Papa me nombró legado papal en Bolonia, con la misión de calmar la discordia que se estaba produciendo en dicha ciudad. Al principio me fue difícil, pero poco a poco fui ganando la confianza de la gente. Así, los conflictos fueron desapareciendo. También hice clases en la Universidad.

Nicolás V murió muy joven, igual que su predecesor. En el cónclave que siguió a esa prematura muerte, me tocó participar, como cardenal. En el primer día de votaciones tuve una notable cantidad de preferencias, pero después eso fue decayendo, pues los orientales todavía no estamos totalmente aceptados por algunos cardenales. Al final, resultó elegido el valenciano Alfonso Borja, quien tomó el nombre Calixto III.

Este nuevo Papa es anciano, pero aún así, ha luchado por recuperar Constantinopla, que cayó en poder de los turcos.

Me acerqué a conversar con él con motivo de la canonización de Vicente Ferrer, un presbítero dominico muy admirado, valenciano también. Me contó toda la historia de este santo, que tenía casi treinta años más que él, y que estudió mucho y fue un predicador extraordinario, claro y profundo, entusiasmaba y daba esperanza a la gente, y también enseñó en la Universidad. Vicente llevaba una vida sencilla y austera, y siempre luchó por la unidad de la iglesia. Él era una persona dedicada a sembrar. Fue confesor de Pedro De Luna, el último patriarca rebelde de Aviñón. Quiso convencerlo de que renunciara, pero eso no resultó, y así fue como se alejaron. A principios de siglo dejó Avignon e inició sus viajes apostólicos, por distintos países. Andaba a pie. Al final de sus días, cojeaba tanto que la gente le consiguió un burro para que se trasladara.

Calixto me contó una anécdota de Vicente, ocurrida en Florencia. La gente le pedía que predicara, y él no quiso hacerlo. "Vosotros tenéis a Fray Juan" les decía cada vez que la gente porfiaba. Vicente Ferrer estaba afirmando a este Fray Juan, un dominico un poco menor que él, y que trataba de superarse ya que, habiendo sido muy despreciado en su adolescencia, con dificultad había logrado ser aceptado por los dominicos, en ese tiempo, debido a su tartamudez y su simpleza. Fray Juan salía adelante, dedicado al estudio y al arte. Fray Juan es nada menos que Juan Dominici, que llegó a ser arzobispo y cardenal.

Bueno, pero siguiendo con Vicente, tuvo como ayudante a una monja que después llegó a ser muy famosa, la Hermana Colette, que había sido beguina, después benedictina, para entrar finalmente a la Orden de Santa Clara. Se dice que Colette era milagrosa.

Calixto me habla maravillas de su sobrino Rodrigo Borja, al cual ya nombró Cardenal, a pesar de ser aún muy joven.

Algún tiempo después, Calixto rehabilitó la memoria de Juana De Arco, una niña batalladora francesa que murió en la hoguera hace más de veinte años, porque supuestamente habría faltado a la verdad en cuanto a apariciones que decía haber visto, y también por sospecha de herejía. Pienso que es una brutalidad haber asesinado así a esa pobre chica.

* * *

Por ese tiempo, me fui de Bolonia. Tuve que renunciar porque tenía mucha oposición por parte de la autoridad civil. Sin embargo, hubo un concurrido acto de despedida, organizado por la gente común, la más humilde y la de clase media, pues me tienen gran estimación.

Me establecí en Roma, y mi casa se transformó rápidamente en un centro académico de Filosofía Platónica y de otros asuntos culturales. Poco a poco se fue agrandando mi biblioteca, a disposición de los académicos, entre los que se encontraban intelectuales italianos y extranjeros residentes en Roma.

Después de un tiempo me fui a Pamplona porque me nombraron obispo.

El pontificado de Calixto fue muy breve, ya que tenía mucha edad. Después de su muerte, eligieron Papa a Pío II, cuya escuela es absolutamente opuesta a la de Eugenio y Calixto.

Sólo tres años alcancé a estar en Pamplona, pues se produjo como un comienzo de recesión de la unidad cristiana, y la gente me miraba con malos ojos. Dejé Pamplona y volví a mi casa de Roma, la cual volvió a ser centro académico por un par de años más.

El Papa Pío II me envió a Constantinopla. En calidad de Patriarca, es cierto, pero ese puesto no lo deseaba nadie, sobre todo si estaba nombrado por Roma. Yo me fui gustoso, dando gracias a Dios por este desafío, y con mucha energía para dar vida nueva a la unidad cristiana, de la cual estaba quedando poco. Sin embargo, la gente desconfiaba de mí, y muy pronto comprendí que yo ya no era del mundo oriental.

Combatí a los turcos desde el púlpito. Pero, estaba muy solo en esto. Duré dos años, y tuve que salir de Constantinopla.

Regresé a Roma. Mi casa, ya nunca volvió a ser el centro académico que había sido. La gente del mundo occidental tampoco confiaba en mí. Ya no soy de ninguna parte. Yo, que siempre luché por lograr el abrazo de los unos con los otros..., ahora..., ni unos ni otros me consideran uno de los suyos.

Me da tristeza y decepción. Decidí retirarme. Antes de eso, doné mi biblioteca a la iglesia de San Marco en Venecia. Viajé a Ravena, y acá vivo dedicado a la oración, en la abadía de San Juan Evangelista.